

obstante que son inconstitucionales según propias manifestaciones de Figueres) y si se declara a priori que "no habrá nacionalización ni acto alguno de fuerza", pues lógicamente la Compañía sabe que no tiene que hacer al Gobierno más concesiones que las que buenamente le dé la gana.

Veamos qué es lo que ofrece la Compañía en la respuesta presentada por Mr. Hamer.

Dice que está dispuesta a pagar algo más por concepto del Impuesto Sobre la Renta, pero que de ninguna manera el 50 % que pretende el Gobierno. En cuanto a pagar los impuestos de aduana de que está exenta, prácticamente no ofrece nada, soslayando la cuestión con las siguientes palabras:

"Estaríamos anuentes, a base de un arreglo, en aceptar algunas enmiendas y aclaraciones acerca de los derechos de aduana correspondientes a ciertos artículos de los generalmente importados por los otros agricultores del país". Naturalmente lo que el país reclama, no es que se hagan "al-

gunas enmiendas y aclaraciones", sino que la Compañía pague, como pagan todos los agricultores y empresarios costarricenses, los impuestos de aduana que le corresponden. Y ya que la Compañía repite tanto que no está de acuerdo en "discriminaciones" en su contra, bueno es contestarle que en el caso concreto de los impuestos de aduana la discriminación existe, pero no en contra sino en favor de la Compañía y en perjuicio de los hijos del país.

A cambio de lo poco que ofrece, la United pide que se le permita vender en el mercado libre e incluso que se establezca un solo tipo de cambio, naturalmente "libre", vale decir, de manera que los exportadores puedan especular en la calle con sus dólares.

De acceder el Gobierno a la petición de la Compañía el resultado sería el siguiente: el Gobierno obtendría, por lo menos teóricamente, (en la práctica puede ocurrir que la United oculte sus ganancias) un poco más de ingresos por concepto de impuesto sobre la renta pagado por la Compañía, y la Compañía se resarciría

de ese desembolso a costillas de los consumidores nacionales, vendiendo sus divisas a los comerciantes en el mercado libre. En suma, sería un trato de "toma y daca", en el que la United quedaría igual o mejor de como está, particularmente si el gobierno se hace cargo de los servicios asistenciales actualmente a cargo de la Compañía.

En cuanto a las demandas para que el país recobre su soberanía sobre la región en que tiene sus plantas la Compañía nada dice la respuesta que comentamos. La Bananera quiere, por lo visto, seguir siendo "un Estado dentro de otro Estado".

La síntesis de la respuesta puede hacerse diciéndose que la U. F. Co. cuando mucho ofrece una piltrafa para zanjar sus diferencias con el Gobierno.

Si, como es presumible (ya Otilio Ulate lo anunció así) la Compañía se mantiene en esa o parecida posición, ¿qué alternativa le queda al Gobierno? ¿Seguirá éste pensando en no apelar a "la nacionalización ni a acto alguno de fuerza"? ¿Seguirá aceptando la "validez y santidad" de un Contrato inconstitucional?

EL TALLER

Este Betín, que tenía fama de hartón, púsose una tarde a exagerar su capacidad para ingerir alimentos. Inmediatamente saltó la proposición de Petates:

—Pa que no seas rajón, te apuesto dos pesos a que no te comés un colón de galleta tostada, ¿querés?

Azuzado por los demás, Betín aceptó, asegurando que no uno, sino tres pesos de galleta se podía comer él de un solo tirón. Pero a la hora de formalizar la apuesta, surgieron las condiciones de Petates: se las tenía que comer todas, una tras otra, sin parar y sin beber agua ni líquido alguno y en un tiempo máximo de veinte minutos; el que perdiera la apuesta debía pagar también el colón de las galletas. Betín aceptó sin objeción alguna. Don Pocho, que ya sonreía socarronamente, fué escogido para juez y depositario de la apuesta. Al salir el aprendiz para la panadería, Petates le gritó:

—Decile a don Gordiano que te escoja las más tostaditas y calienticas . . . ¡y que no se olvide del vendaje!

En la panadería daban seis galletas por cinco céntimos, más el veinte por ciento de vendaje cuando se compraba de un colón en adelante. Total, ciento cuarenta y cuatro galletas, recién salidas del horno, le fueron puestas a Betín sobre su mesa de trabajo. Todos abandonaron sus quehaceres y agrupáronse alrededor del héroe, discutiendo acaloradamente las posibilidades que éste tenía de ganar o de perder la apuesta.

Comenzó el tragón a devorar de tres en tres las galletas que, crujiendo ruidosamente entre sus dien-

tes, desaparecían después como por encanto y sin tregua ni descanso alguno en sus insaciables tragaderas. Asombrados todos por semejante principio, dieron ya por segura la derrota de Petates. Y éste, asustado, empezó a defenderse a gritos diciendo:

—¡No sea chollao! No deje caer tantas boronas! . . . Don Pocho, póngale un sombrero en el regazo, pa ir-las rejuntando . . .

Pero muy luego pudo verse cómo Betín disminuía visiblemente su ritmo de masticación y cómo cada vez tragaba con mayor dificultad. Volaba el tiempo, faltábale que consumir más de la mitad de su gargantúesca tarea, y los partidarios del tragón redoblaron sus voces de aliento. El no atendía ni miraba a nadie siquiera; continuaba en su terco empeño con la cabeza muy agachada, removiendo las quijadas y haciendo muecas horribles, en un tremendo esfuerzo que lo obligó por fin, al no poder ya disimular su desesperación, a hurgarse la boca con los dedos. El muy simple habíase dejado atrapar en una trampa: cada tostada galleta demandaba grandes reservas de saliva, y lo que el pobre estaba mascando luego, era una pasta pegajosa, reseca, que se le metía por todos los rincones de la boca, y amenazaba asfixiarlo. No pudo más; enderezóse pronto y con un gesto de angustia se precipitó hacia la llave de la cañería, a beber agua desesperadamente. Perdió la apuesta, y fué objeto de burlas y cuchufletas al por mayor.